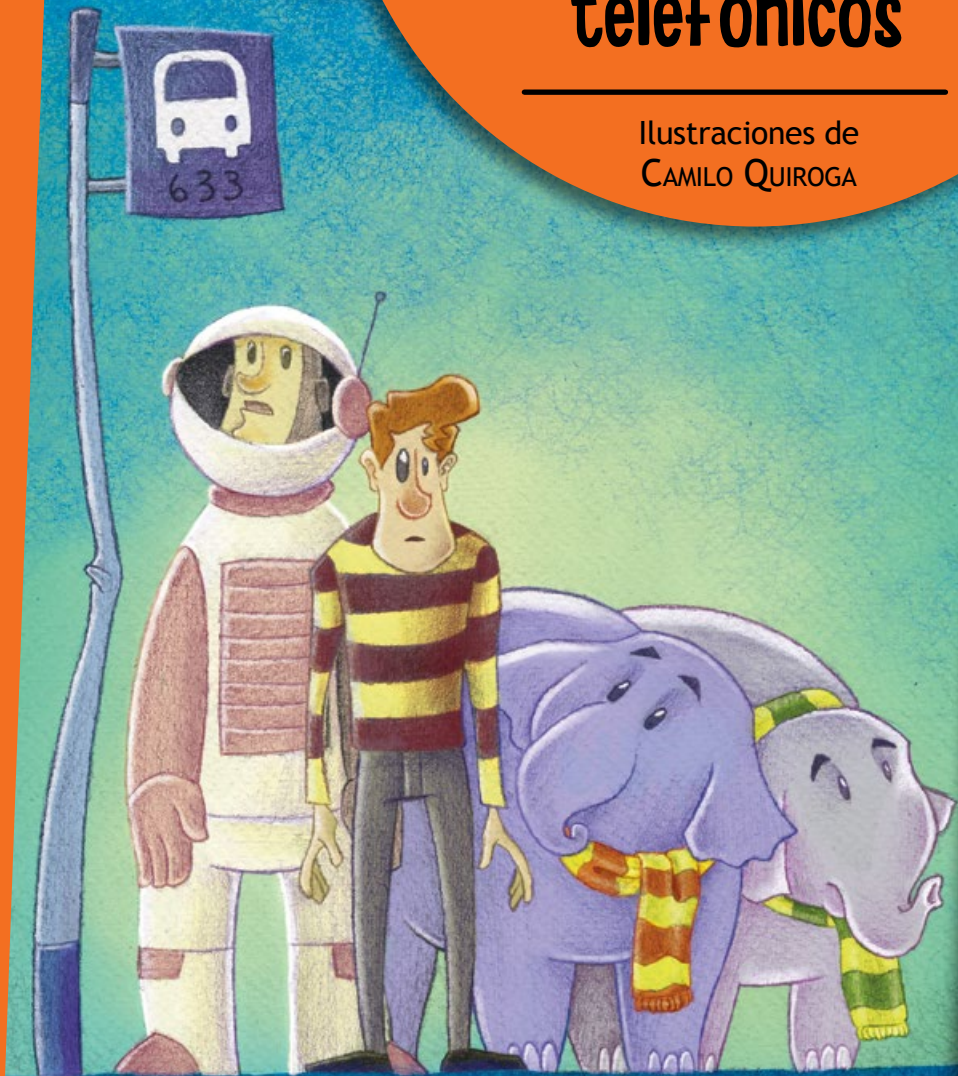



azulejos

DIEGO MUZZIO

Elefantes telefónicos

Ilustraciones de
CAMILO QUIROGA



Elefantes telefónicos

Diego Muzzio

ILUSTRACIONES
DE CAMILO QUIROGA

Editora de la Colección: Karina Echevarría
Editora: Pilar Muñoz Lascano
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Dominguez
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Muzzio, Diego
Elefantes telefónicos / Diego Muzzio. - 1a ed. . - Boulogne : Estrada, 2015.
144 p. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 60)

ISBN 978-950-01-1759-3

1. Narrativa. I. Título.
CDD A863



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

60

© Editorial Estrada S. A., 2015.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1759-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Primera edición.

Esta obra se terminó de imprimir en diciembre de 2015, en los talleres de IRAP Servicios Gráficos, Mitre 3367, San Martín, provincia de Buenos Aires, Argentina.



Diego Muzzio nació en Buenos Aires en 1969. Cursó estudios de Letras en la Universidad de Buenos Aires y vivió en Francia de 2004 a 2014.

Su segundo libro de poesía, *Sheol Sheol*, fue publicado en 1997 y obtuvo el Primer Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes. Entre sus libros para niños se encuentran *La asombrosa sombra del pez limón* (SM, 2005), *Un tren hacia Ya casi casi es Navidad* (SM, 2007), *El faro del capitán Blum* (Pictus, 2010), *Galería universal de malhechores* (Norma, 2010; incluido en la selección White Ravens de la Biblioteca de Munich, recibió asimismo el premio Destacado ALIJA 2010 en la categoría cuento), *Lobo Buenaventura y los tres chanchitos* (SM, 2015) y *Úrsula, domadora de ogros* (SM, 2015).

En esta misma colección publicó *La guerra de los chefs*, novela que transcurre al igual que *Elefantes telefónicos* en el barrio *Medios de Febrero*.

La novela

La novela, al igual que el cuento, pertenece al género literario narrativo. Por este motivo comparten varias características. En ambos casos se trata de una narración de hechos imaginados por el autor, quien crea un escenario, personajes y situaciones a las que estos se enfrentan, y un narrador que contará los hechos.

El tiempo y el espacio en el que transcurren los hechos determinan el marco de una historia. Este podrá ser igual al mundo real o podrá estar habitado por dragones, hadas o animales que hablan; es decir, podrá parecerse más o menos a nuestro mundo de todos los días.

Los personajes principales son los protagonistas, en cambio los secundarios serán ayudantes u oponentes del protagonista.

La trama de una narración está conformada por acciones protagonizadas por estos personajes. Estas acciones pueden ser principales o secundarias. Las acciones principales no pueden suprimirse sin que se altere la historia, estos núcleos se encadenan entre sí por una relación de causa-consecuencia y constituyen una secuencia. Las acciones secundarias tienen como función acompañar a las principales o bien permitir que se lleven a cabo.

El narrador es una voz creada por el autor para contar la historia. Cuando el narrador está presente como personaje del relato emplea la primera persona gramatical (“yo”), y puede tratarse de

un yo protagonista de los hechos o de un yo testigo que observa los sucesos; en este caso quien narra es un personaje secundario. Cuando la voz que cuenta usa la tercera persona gramatical, se trata de un narrador que relata una historia que no lo incluye.

Una gran diferencia entre el cuento y la novela es la extensión. La novela suele ser más larga debido a que contiene más acciones secundarias y, muchas veces, más personajes.

La lógica del sin sentido

Elefantes telefónicos es una novela de humor absurdo, disparate o nonsense. Literalmente nonsense significa “sin sentido”. Graciela Montes señala que “es una palabra difícil de traducir: es el absurdo, el porque sí, el disparate. El juego del *nonsense* consiste en construir un universo paralelo al cotidiano, aberrante pero ordenado, loco pero metódico”. En las historias basadas en este tipo de humor se construyen mundos extremadamente razonables, son universos planificados con mucha meticulosidad y basados en la lógica, pero se trata de leyes propias que provocan una arbitrariedad invertida, cómica, absurda. Algunas de estas leyes son:

- Inversión de leyes científicas. Por ejemplo, la ley dice que “si tiro algo para arriba, luego cae”, y la inversión sería: “Al tirar algo para arriba, sigue subiendo”.

- Invención de animales y plantas propios de ese universo.
- Transformación de cuerpos humanos, sobre todo en poco tiempo. Es frecuente un cambio de tamaño.
- Los animales pueden hacer cosas desopilantes, a veces también las plantas y los objetos.

Además hay una serie de recursos que suelen aparecer: juegos de palabras, enumeraciones y juegos con números, onomatopeyas, hipérboles (exageraciones), verdades de Perogrullo (frases que afirman un hecho evidente) y palabra-valija o *portmanteau* (unión de palabras conocidas en una forma diferente para generar un significado nuevo que deberá desentrañar el lector).

El humor absurdo, disparate o *nonsense* fue creado por los escritores ingleses Edward Lear y Lewis Carroll, el autor de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. En la narrativa argentina lo encontramos, por ejemplo, en la obra de María Elena Walsh.

Elefantes telefónicos

Diego Muzzio

I* Las desgracias no vienen solas

Es bien sabido que, cuando los artistas de circo se jubilan, se van a vivir a África. No sé muy bien por qué. A lo mejor por el clima, o por la cantidad de elefantes, tigres y leones que hay por allá, o quizás porque, cuando el sol empieza a caer sobre la sabana, el aire se llena de luciérnagas que se encienden y se apagan como las guirnaldas de los circos. En fin, sea por el motivo que fuere, cuando mis padres —Tulio y Venezia Archimboldi, malabaristas y dueños del circo Archimboldi—, se jubilaron, se fueron ambos a vivir a África. Y me dejaron a mí, Gregorio Archimboldi, a cargo del circo familiar.

Ya sé lo que estarán pensando: “¡Dueño de un circo! ¡Qué suerte!”

¡Ja! Y lo repito: ¡Ja, ja!

Que quede claro desde el principio: yo, al circo, lo odio. No me gusta nada el circo. Menos que el coliflor me gusta.

Hasta que esta desgracia me cayó encima, yo era cartero. ¡Y un cartero feliz! Pero las desgracias no vienen solas. Poco tiempo después de heredar el circo, me despidieron. Hoy en

día, con tantas computadoras, mails y celulares, los carte-ros nos hemos vuelto descartables.

Así que, al final de cuentas, no me quedó otro remedio que hacerme cargo del circo. Y, cuando uno es dueño de un circo, hay que pensar en dos millones cuatrochiquientas mil cosas al mismo tiempo. El maní para los elefantes, los churrascos para los tigres, los pescados para las focas, la miel para los osos, y así con todos los animales. Y los animales, créanme, son lo menos problemático. Después están los artistas. ¡Ah, los artistas y sus exigencias! Sara la Rana, contorsionista, exige tres nuevas docenas de medias elásticas verdes; los Prodigiosos Cheng, numerosa familia de acróbatas y malabaristas chinos, quieren un nuevo trampolín y doscientas pelotas de goma rojas; el Magnífico Bertoldi, equilibrista, necesita dos mil metros de sogá de cáñamo malayo; al Fabuloso Mago Crispín le hacen falta nueve conejos blancos checoslovacos (Crispín asegura que los conejos de otras nacionalidades no desaparecen tan fácilmente); el Supersónico Frank Krupp, arrojado hombre bala, me pide un nuevo cañón más grande y poderoso...

Y la lista sigue.

No, ser dueño de un circo —les aseguro—, no es ninguna suerte.

Y si no, juzguen ustedes mismos, aunque no sean jueces...